



J. J. ARREOLA, *Narrativa completa*, Debolsillo, Ciudad de México, 2018, 465 pp. ISBN: 9786073140096

En todas sus fábulas maravillosamente intuitivas y en todos sus cuentos fantásticos a menudo extravagantes e inverosímiles en su inalcanzable aspiración oculta a ser esenciales, Arreola resulta ser acreedor al título eminente de discípulo de Borges, en especial el cuento que Borges consideraría el mejor del escritor mexicano, *El guardagujas*, cuyo precursor directo y fuente de inspiración era *El guardavía* de Dickens de manera directa. De Borges, como sabe el lector avezado, ni entonces ni ahora han quedado discípulos reconocidos, mientras que los discípulos de Dickens son legión. Es verdad que la obra literaria de Borges, la cual puede definirse como un ejemplo insólito de escritura pura -sea lo que eso sea- al menos en su aspiración sincera en la misma lengua que Cervantes, es enormemente carismática, pero Borges, quien había leído a los grandes escritores ingleses desde la infancia, nunca fue capaz de escribir en inglés, y lo que Borges hubiera legado al lector en todas partes es el fruto imposible de la imaginación.

Ambos autodidactas, Arreola era más intelectual en sus relatos indistinguibles de la forma del ensayo que Borges, como en *Cantos del mal dolor* y *Confabulario*, aunque Borges, un gran erudito de la literatura con un conocimiento basto de las antiguas lenguas europeas, era infinitamente más estudioso y disciplinado, y Kafka es, si bien sombrío, más intuitivo y original que ambos. En otras palabras, Borges está más cerca de Kafka de lo que Arreola estará de Borges jamás, aunque en ambos la influencia de Kafka es asombrosamente mágica. La enorme deuda de Arreola contraída abiertamente con el maestro Borges, quien parecía escribir para la eternidad, y no para nadie o para algún precursor, no es irónica o superficial, sino que radica fundamentalmente en la figura hiperbólica del descaro, que también significa atrevimiento o, en el peor caso, desvergüenza. Es sabido que Borges no pensaba, al escribir, en el lector, sino que anhelaba pacientemente el propio divertimento. En las páginas de Arreola, quien no resiste la comparación con Borges en modo alguno y bajo ningún concepto, el lector es capaz de intuir la parodia que depende de la animadversión. Ambos escritores latinoamericanos comparten el gusto clásico y la variación infinita como elementos puramente representativos de la imaginación literaria. Sin embargo, Arreola ha intentado de una manera solapada la escritura de cierta épica, al menos en el estilo, a partir de fragmentos imposibles en los que la visión del futuro no tiene consideración con el mundo, lo que implica el rechazo del presente. Cada enigma literario parece revelar un “cansancio infinito”.

Plenamente consciente de sus limitaciones, Arreola sabía que solo tenía, en sus propias palabras, “lectores probables”. El lector de Borges, sin embargo, es todo el mundo, claro está, en la medida en que uno es capaz de encontrarse a sí mismo entre todo el mundo que sin duda puede leer a Borges porque Borges ha escrito, capciosamente, para la eternidad. Los lectores probables de Arreola, los lectores comunes, tienen en común la “memoria” y el “olvido”, por decirlo así, la enantiadromía de la existencia: la necesidad de elegir entre lo bueno y lo malo, esto es lo decisivo, aun

a sabiendas del triunfo cotidiano de lo malo, incluyendo la mala literatura predominante. Se diría que, para Arreola, la literatura es memoria y olvido, es decir, el poder de seleccionar cada objeto de cada palabra de cada línea con la intención de asumir y justificar el tiempo que hace posible y borra todo. El cuento, el género literario más valorado y utilizado por Arreola hasta el punto de no ser tal, se desarrolla en el plano de la existencia en el que se da a conocer el misterio. El cuento, el misterio, siempre está a punto de ser. Arreola llegaría de este modo a escribir la fábula de la literatura, siendo calificado por Borges, bajo las consecuencias inmediatas de la dotación de la inocencia y de la ingenuidad, como “un prodigio de la imaginación infantil”. Nadie puede negar que, del mismo modo que Borges es un escritor puro, Arreola es un alma pura enfrascada en el misterio de su propia existencia, de su literatura.

Antonio Fernández Díez